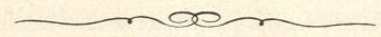


En el Paraguay, las mujeres, al llegar á la pubertad, se aplicaban la pintura característica de la adolescencia; pintura que se reducía á una faja angosta que comenzaba á nivel del nacimiento del pelo y se prolongaba en línea recta hasta la extremidad de la barba, dejando un espacio en blanco que correspondía al labio superior. En los ángulos de la boca ó comisuras de los labios, se pintaban dos rayas paralelas al cuerpo del maxilar inferior, que terminaban cerca de las orejas. Agregaban á este tocado dos círculos cuyos diámetros se extendían desde los ángulos externos de los ojos, hasta la mitad de las mejillas. La tinta que usaban era violácea; y no se la ponían superficialmente, como los hombres, sino que la hacían penetrar en la piel por medio de puntas ó de espinas, constituyendo un verdadero tatuage.

Algunas más coquetas se pintaban de rojo el tronco, los senos y un muslo. En el otro muslo dibujaban una especie de cadena con grandes anillos, que se ponían también en los brazos y en las espaldas; pero estos últimos adornos eran superficiales. (Azura).



CAPITULO V

El Tatuage en los antiguos mexicanos y en otras tribus.



Los antiguos mexicanos, como todas las tribus que poblaron el Nuevo Continente, no fueron extraños al adorno del cuerpo con el fin de embellecerlo, pues que esta tendencia es inherente á la naturaleza humana.

Como hacían las tribus de la América del Norte y del Sur, la desnuda gente, sobre todo la nobleza, se adornaban las piernas y los brazos con anillos y brazaletes; con collares y con plumas el cuello y la cabeza, y también se taladraban los labios, las orejas y aun el tabique de la nariz, para hacer pasar por las aberturas canutillos metálicos, dentro de los cuales colocaban plumas de varios colores.

Esta gente, autóctona ó no, era espléndida en sus adornos y en sus joyas, y la riqueza que sus reyes ostentaban en medio de sus tribus salvajes, igualaba á la de los monarcas del antiguo continente.

Entre los mexicanos, el rey y los principales señores usaban grandes pendientes en las orejas, en el labio inferior y en la nariz, previamente taladrados, así como pulseras, brazaletes, anillos y collares. La gente rica que no pertenecía á la nobleza, tenía joyas de perlas, esmeraldas, amatistas y otras piedras preciosas, engastadas en oro. Los adornos de la plebe consistían en collares de conchas, de cristal de roca y de ámbar.

También se taladraban los dientes para incrustar en ellos pie-

dras preciosas ó pedazos de oro, como lo hacen con hilos de latón los dayaks de Borneo y los battaks de Sumatra.

Pero los mexicanos no sólo usaban los adornos mencionados, sino que daban á la pintura gran importancia, como hacen los salvajes de otros países.

Para este estudio tomaremos los datos de los más ilustres escritores que se han ocupado en la historia de México.

Lo mismo que en Europa, el hombre dejó en el continente americano huellas de su existencia, antes que la historia hubiera registrado los primeros indicios de su paso. Como en el viejo mundo, el hombre prehistórico dejó en los yacimientos cuaternarios del nuevo, las pruebas evidentes de su amor al adorno, según los trabajos del distinguido Ingeniero Don Mariano Bárcena, acerca del hombre prehistórico en el Valle de Ameca (Jalisco), próximo á la hacienda del *Cabezón*, en donde encontró restos humanos y con ellos objetos de obsidiana, denominados botones, «*discos casi circulares con un horado que no corresponde al centro, pulidos por ambas caras, formados los bordes por percusión; servían para collares, pulseras y adornos.*»¹

El mismo Sr. Orozco y Berra, al hablar del hombre prehistórico, (tom 2º pág. 311), dice: «Las rocas duras fueron empleadas para formar adornos. De los más primitivos son las cuentas, que ensartadas en hilos de plantas ó tendones de animales, servían de gargantillas, pulseras, pendientes, etc. Las más antiguas parecen ser pequeños cantos rodados, tomados de los ríos; de cuarzo, diorita, feldespató, espato calizo,» etc.

«Los hombres antiguos, sigue diciendo el Sr. Berra, se adornaban también con bayas de algunas plantas, dientes y huesos de animales, conchas y caracoles. Hemos visto que en las excavaciones del Tequixquiác se encontraron conchas de agua dulce y marinas, perforadas para servir de adornos. Caracoles marinos nos ha regalado el Sr. Bárcena, sacados de un túmulo en el Estado de Jalisco, y el mismo señor encontró ostras en los túmulos de la Sierra Gorda. Servían como collares ensartados en hilos y según la forma que se les daba en ciertos casos, suspendidos á cuerdas pequeñas, al chocar los unos contra los otros, debían hacer el ruido como de cascabeles,» etc. . . . Más adelante dice: «De las cuentas de barro cocido, las unas son lisas, pintadas de colores brillan-

¹ Orozco y Berra. Hist. de Méx. tom. II pág. 306.

tes. Las finas son de mejor barro, y llevan en relieve labores y figuras, las cuales son á veces del mejor gusto.»

Guillemin Tarayre, en su obra «El hombre prehistórico en México» pág. 178, dice: «Los objetos de los túmulos de casas grandes (Chihuahua), son: brazaletes de hueso de búfalo con un apéndice ancho agujereado para recibir un adorno colgante; collar de conchas marinas del Golfo de California ensartadas en un hilo de color obscuro del mismo origen que el tejido de las tumbas; brazaletes para niño, compuesto de *redondelas* formadas de conchas, retenidas por dos piedras, la una roja y la otra azul; ésta parece artificial, recordando por el tinte y por el aspecto las piedras encontradas en las tumbas de Egipto.»

El P. Alegre dice que los misioneros del Zape (Durango), encontraron en la cima de una roca donde brota una fuente, muchos ídolos y fragmentos de columnas, piedras de varios colores que servían para *embijarse*;»¹ y en otro lugar dice, que, cavando el terreno para fabricar la iglesia «se hallaban á cada paso ollas bien tapadas, con cenizas y huesos humanos, piedras de varios colores con que se embijaban, metales y otras cosas, etc.»

Respecto de los otomíes (*otonca*), los más antiguos en el Anáhuac, que actualmente están derramados por los Estados de México, Hidalgo y San Luis Potosí, que pueblan Querétaro y la mayor parte de Guanajuato, y aun se encuentran en los Estados de Tlaxcala y Veracruz,¹ «vestían los hombres pulidamente, aunque se les echaba en cara sobrecargarse de dijes y adornos en manera ridícula; usaban bezotes y orejeras, distinguiéndose por su valor y finura las piedras de los señores y guerreros, de los de la gente común; cortábanse el cabello á media cabeza, de atrás muy corto, dejándolo en la parte delantera crecido, á lo cual llamaban *piocheque*.»

«Las mujeres, de niñas, se rapaban la cabeza; de mozas, dejaban crecer los cabellos sin peinarlos, y sólo cuando ya habían sido madres se los componían. Ridículas en el vestir como los hombres, eran *apodadas* por compuestas; traían zarcillos ú orejeras; se pintaban pecho y brazos de labores azules, haciéndolas permanentes punzando las carnes con lancetas; se emplumaban con *plumas* coloradas, pies, piernas y brazos; afeitábanse el rostro con el

¹ Hist. de la Comp. de Jesús. Tom. I, pág. 415.

¹ Orozco y Berra, tom. II, pág. 170.

betún amarillo llamado *tecozahuítl*, sobre el cual ponían rojo en las mejillas; teñíanse los dientes de negro; las viejas se cortaban un poco el pelo sobre la frente, atildándose como si fueran mozas.¹

Los *cuillateca* y los *tlahiuca*, rama de los otomíes, poblaban una pequeña provincia cuya capital era *Cuauhnahuac*, Cuernavaca (Estado de Morelos), á la cual correspondía el territorio de *Xihuitza capitzalan*, llamada así porque los señores que la gobernaban traían unos *chalchihuites*² atravesados en las narices.³

Los *yopi*, ó *yopines*, actualmente tlapanecas, porque están reducidos en unos pueblos del distrito de Tlapa (Estado de Guerrero), eran llamados así, porque se pintaban de rojo, de donde tomaban el nombre de tlapanecas, que quiere decir *hombres almagrados*. Usaban ese color los sacerdotes y la gente del pueblo; y aun á sus ídolos los pintaban de rojo.

Los *cuextecapan*, que se extendían en las costas del Golfo, en la parte sur del Estado de Tamaulipas, la norte de Veracruz y la oriental de San Luis Potosí, habían llegado en barcos por la mar, según la tradición; tenían la cabeza ancha y chata, los cabellos teñidos de amarillo ó rojo, largos y sueltos sobre la espalda; los dientes se los agujereaban y se los limaban para hacerlos acabar en punta, los cuales eran teñidos de negro; se adornaban con plumas, joyas de oro y piedras preciosas. Se hacían notables, dice Sahagún, «porque andaban con sus vergüenzas descubiertas, y se horadaban la nariz, ensanchaban el *ahujero* con hojas de palma, y ponían en el *horado* un canutillo de oro dentro del cual atravesaban un plumaje colorado.»⁴

Los *cuexteca* (cuextecapan) dice á su vez el Sr. Orozco y Berra, en su tomo III, pág. 293, «se embijaban⁵ rostro y cuerpo de diversos colores; se emplumaban la cabeza con plumas de *tornene* (papagayo amarillo); traían por detrás unos espejos redondos, y colgados en las armaduras y en los pies cascabeles, *cuechtli*, de palo ó cobre, con los cuales hacían gran ruido; tenían un *horado*

¹ Sahagún, tom. III, pág. 122.

² Piedra preciosa que se halla en algunas minas de la América; la hay de varios colores. Nuevo diccionario de la lengua castellana.

³ Sahagún, tom. III, pág. 134.

⁴ Sahagún, tom. III, pág. 132.

⁵ Bixa, bija. «Hay también unos arbolitos (en la isla española), tan altos como estado y medio, que producen unos capullos que tienen por de fuera como vello y son de la hechura de una almendra que está en el árbol, aunque no de aquella color, ni gordor porque son delgados y huecos; tienen dentro unos apartamientos ó venas y estos están llenos de

en la punta de la nariz por donde se atravesaban *veriles*, pedernales y joyas de valor, etc.

Los *acaxes*, antiguos moradores, de lo que ahora forman los Estados de Durango y Sinaloa, cargaban cuando iban á la guerra todos sus adornos y riquezas; uno de ellos consistía en una cola que hacían de tiras de gamuza teñidas de negro, la que se amarraban á la cintura con un cordel, para asemejar la cola de un animal; ponían además, en el punto que corresponde al sacro, un espejo para hacer más ostentoso el adorno. Se pintaban la cara, los brazos y las piernas de amarillo ó de negro, con hollín que tomaban del fondo de los *comales*. Y cuando volvían vencedores y traían la cabeza de un vencido, como testimonio de la victoria, en la fiesta que hacían, se agujereaban el labio inferior y pasaban por el agujero un hueso como de cuatro centímetros de largo, y hacían tantos agujeros como hombres habían matado.¹

Comunmente andaban desnudos; ceñían á la cintura un cordel al que colgaban cintas y borlas como de 15 ó 20 centímetros de largo, á guisa de flecos. Cuidaban con esmero el cabello que era largo y lo trenzaban con cintas blancas. En el cuello y en los puños llevaban grandes sartas de caracoles y conchas de mariscos. Se agujereaban el tabique de la nariz y se colgaban una piedra verde (esmeralda) ó *chalchihuite*; llevaban en las orejas muchos zarcillos de plata ó de cobre, cada uno con una cuenta blanca.

Los *xiximes*, vecinos é irreconciliables enemigos de aquellos, eran de las mismas costumbres, solamente que trenzaban el cabello con cintas de varios colores, como lo hacen ahora los indios de casi todos los lugares de la República.

Los indígenas de algunas tribus de Sinaloa, como los *tehuecos*, los *zuaques*, los *batucarís*, etc., se pintaban la cara y el cuerpo con

unos granos colorados, pegajosos como cera muy blanca ó viscosa. Destas hacían los indios unas pelotillas; con ellas se untaban y hacían coloradas las caras y los cuerpos, á girones con la otra tinta negra, cuando iban á sus guerras: también aprieta esta color ó tinta las carnes. Tírase también con dificultad; tiene un color penetrativo y no bueno: llamaban este color los indios «*bija*.» Casas. Hist. apologética, cap. XIV. El diccionario de la lengua castellana pone la *bija* como sinónimo de *achiote* (achiote mexicano). De *bija* se deriva el verbo *embijar*, «pintarse de diferentes colores el pecho y el rostro para infundir terror y espanto á los enemigos.» «Era costumbre usada por la mayor parte de los indios, y muy especialmente por los de tierra firme.» Véase: Voces americanas empleadas por Oviedo, al fin del tom. IV, pág. 593 de la edic. de Madrid, y del vocabulario de las voces provinciales de la América, en el Diccionario geográfico de Alcedo, al fin del vol. 59.—«Nota de Orozco y Berra, Hist. de Mex., tom. III, pág. 293.»

¹ Orozco y Berra. (Lug. cit.)

colores muy brillantes y se adornaban la cabeza con plumas de guacamayo. En estas tribus la virginidad de la mujer gozaba de particular estimación; las doncellas llevaban colgada al cuello una concha nácar artísticamente labrada, en señal de su estado, y cuando dejaban de serlo, antes del matrimonio, caía sobre ellas una afrenta que no soportaban.

Los *opatas*, cuyas tierras confinaban al norte con las de los *pi-mas* y de los *apaches*, tenían la costumbre de que las madres picaran á los niños recién nacidos con una espina, alderredor de los párpados, para dejarles impresos muchos puntos negros, que formaban arcos, lo cual, en concepto de ellos, realizaba su hermosura. Repetían la operación del tatuaje á medida que el niño crecía; solamente que entonces no se limitaban á tatuar la cara sino también el cuerpo.

Los indígenas de esta tribu, tenían por signo de distinción, unas cicatrices longitudinales y ondulantes, que los acreditaba de guerreros. El capitán que armaba de guerrero á un joven, le producía con una garra de águila, largas heridas en los brazos, desde el hombro hasta el puño y les daba una forma ondulante; infería otras á lo largo de los muslos y de las piernas y, por último, otras en el pecho. Las cicatrices que resultaban de esta bárbara operación, eran lucidas por los jóvenes guerreros con satisfacción grande.

Los *guachichiles*, moradores en otro tiempo de los terrenos que ahora pertenecen á los Estados de Zacatecas y de Coahuila, tenían, como los *opatas* salvajes, sus cicatrices que los acreditaban como valientes; valentía heredada de sus padres por medio de la operación que sufrían desde niños. «Al nacer el primero de los hijos de una mujer, se reunían los parientes y muchos convidados, lo tendían sobre la piel de un venado, y en seguida los circunstantes le sajan todo el cuerpo con huesos afilados ó dientes de animales, hasta dejarle hecho una lástima». . . . salen á la guerra pintados los cuerpos con dibujos de animales y sabandijas, adornada la cabeza con plumas de colores.»¹

Los *tobosos*, que se extendieron por los lugares en que ahora están los Estados de Coahuila y Nuevo León, en la muerte de alguno de sus parientes, se pintaban la cara figurando una calavera, con lágrimas en las mejillas para simular el pesar que les causaba su pérdida.

¹ Orozco y Berra. Hist. de Méx., tom. II, pág. 233.

Los *mayas* consideraban el estravismo como un rasgo de hermosura; para conseguirlo, las madres hacían caer sobre la frente de los niños, un mechón de cabellos, de manera que llegara hasta abajo de las cejas; los niños trataban de ver lo que había arriba de sus ojos, exageraban la acción de los músculos grandes oblicuos y hacían desviar el eje de la visión.

La deformación de la cabeza era igualmente usada entre los mayas, sólo que era privilegio de los nobles y de los sacerdotes, como en el Perú, y como lo fué entre los zapotecas y otras tribus mexicanas del norte. El niño recién nacido era sometido á la crue-lísima operación de comprimirle la cabeza; lo colocaban boca abajo sobre un zarzo de *otates*, y le ponían una plancha de madera en la frente y otra en el occipucio; comprimían fuertemente hasta que al cabo de algunos días, había adquirido el cráneo la forma achatada, tanto de la frente como del occipital.

Todavía iban más allá con las mutilaciones: se hacían escarificaciones para *engalanar* el cuerpo, por gentes entendidas, que, después de pintar las figuras que querían, cortaban la piel al contorno de ellas é introducían en las heridas tierra negra ó carbón molido, con lo cual conseguían hacer indeleble el dibujo. Ya sanos, ostentaban diversas figuras de animales, como serpientes, águilas ú otras aves adornadas con diferentes labores.

Los guerreros se pintaban la cara y el cuerpo de varios colores, con el fin de espantar á sus enemigos. Bernal Díaz del Castillo, que fué pagado para conocer bien á dichos indígenas, dice que en el curso de una expedición guerrera, llevaban una coraza de algodón y en la cabeza penachos de plumas; y que se pintaban la cara de blanco y negro, y algunos con un ocre rojo. De vuelta á la ciudad, se quitaban la pintura para sustituirla con el tatuaje indeleble; éste debía ser un privilegio para los guerreros y los nobles, porque á la gente del pueblo no se le permitía tatuarse.

Cogolludo nos dice que se grababan en el cuerpo toda especie de dibujos y de figuras de animales, como águilas, tigres y serpientes, según el orden al cual pertenecían; y Diego de Landa afirma que los antiguos yucatecos eran considerados tanto más valientes cuanto más tatuados estaban.

El guerrero joven comenzaba por tener una ó dos figuras simbólicas, pero á cada nueva víctima que hacía, pedía una nueva inscripción; de suerte que el cuerpo de los viejos héroes debía estar

enteramente cubierto de jeroglíficos. Esas costumbres nos recuerdan las de los neozelandeses y las de algunos indígenas de las islas del Pacífico. Se perforaban las orejas, los labios y las narices para colocar adornos de madera ó de metal.

Las mujeres no se pintaban la cara, pero se tatuaban el cuerpo hasta la cintura, á excepción de los senos, con labores más finas que las de los hombres. En algunas fiestas se pintaban de rojo, como los varones, y ponían al color una goma aromática llamada *iztah-te*, y por medio de moldes ó patrones delineaban las figuras en el pecho, en los brazos y en las espaldas.

Tenían los dientes limados en forma de sierra, lo cual practicaban algunas viejas con ciertas piedras y agua; se hacían una horadación en el tabique de la nariz é introducían en ella un pedazo de ámbar; perforaban también los lóbulos de las orejas y se colgaban ricos pendientes. Cuidaban mucho el cabello, que trenzaban y adornaban; y en esto se distinguían las doncellas de las casadas.¹

Los *zapotecas*, semejantes á los mayas por su ilustración y sus costumbres, usaban las mismas deformaciones y mutilaciones en la cabeza y en los dientes, con el fin de mejorar su estado físico.

La deformación de la cabeza era un privilegio reservado á los príncipes y á los sacerdotes. Desde temprana edad se torturaba la cabeza del niño comprimiéndola por medio de unas correas anchas de cuero, que partían del occipucio, pasaban por el vértice de la cabeza, llegaban á la frente y volvían hacia atrás despues de haberse bifurcado en dos puntas, para poder ser amarradas en la parte posterior del cuello. Este procedimiento puede comprobarse, no tanto por la historia, cuanto por las señales que conservan nueve cráneos zapotecas que me fueron remitidos procedentes del túmulo de Atenanco (Estado de Oaxaca), y que han sido identificados en una Memoria que presenté al Congreso Panamericano en las sesiones que celebró en México el mes de Octubre de 1895.

La historia no dice si los antiguos nobles zapotecas se limaban los dientes al estilo de los yucatecos; pero á juzgar por el estado de los incisivos, tanto superiores como inferiores, de los cráneos ya mencionados, y que considero de príncipes ó sacerdotes, que tienen los dientes limados por su cara anterior y borde superior, en forma de sierra, supongo que entre los zapotecas, al menos, los príncipes y sacerdotes se limaban los dientes.

¹ Herrera, dec. IV, lib. X, cap. IV.

Se dejaban crecer el pelo, lo trenzaban y hacían caer á la espalda. Es probable que esta costumbre también haya sido de la gente noble, pues entre los objetos extraídos del túmulo de Atenanco, hay dos pequeñas estatuas de cobre¹ que representan retratos de reyes zapotecas, con todas sus insignias, y tienen á la espalda una larga trenza, que figura estar formada de su propio pelo.

Esta costumbre era contraria á la de los *zoques*, actuales habitantes de las regiones montañosas del istmo de Tehuantepec, que tienen el raro gusto de rasurarse el vértice de la cabeza, á guisa de tonsura sacerdotal.

Las mujeres zapotecas usaban grandes y anchas arracadas de oro (*axorcas*) en las orejas, y pulseras de piedras finas (*sartales*), así como collares de estas mismas piedras y de pedazos de oro.

Torquemada, hablando del aspecto físico del indio mexicano (*méxica, tenochca*), dice: «Afeaban y perdían aquellas dotes naturales: las mujeres por el uso de algunos afeites, por llevar *nacochilli* ó pendientes muy pesados que les hacían las orejas deformes; porque las penitencias, pedidas por el ritual, les dejaban cicatrices y lacras; los hombres, por embijarse para salir á la guerra, por desfigurarse el labio, horadándolo para llevar el *tentell* ó distintivo guerrero; porque por los zarcillos y sacrificios tenían las orejas largas, aspadas y con excrecencias.»²

Las costumbres que á este respecto vamos á referir de los mexicanos, darán también una idea de su gusto por el adorno, que los llevaba á mutilaciones por demás dolorosas, no obstante el grado de civilización que, en las últimas épocas del vasto imperio mexicano, alcanzaron sus habitantes.

Moctecuhzoma, para premiar el valor de los *tenochca*, en uno de los encuentros que tuvieron con los indomables *chalca*, impuso una condecoración á sus guerreros: se les agujereó el tabique de la nariz, y se pasó por él un manojito de plumas con joyas de oro, que tenía la apariencia de bigotes.³ Ceremonia análoga, que significaba lujo y además un honor, se practicaba con los que eran elevados al trono, el día de su exaltación. Se les sentaba en la silla real, junto al brasero sagrado; se les cortaba el cabello á la *usanza de*

¹ Las estatuas de cobre á que me refiero, existen en el Museo de la Penitenciaría, juntamente con los cráneos y otros objetos.

² Torquemada, lib. XIV, cap. XXIV.

³ Orozco y Berra, cap. II. Durán, cap. XVII.

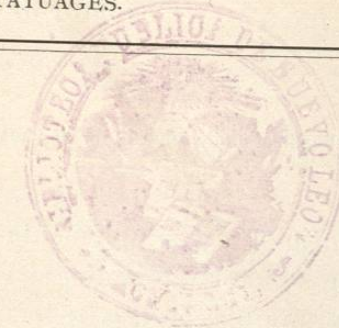
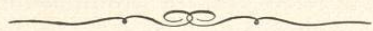
emperador, se les horadaba la ternilla de la nariz y ponían en ella el *acapitzaclli*, piedra cilíndrica y delgada; les colocaban el *bezotte* ó *tentell* en el labio inferior, zarcillos en las orejas, etc., y se terminaba el adorno con ponerles el *copili* en la cabeza.

Otras muchas ceremonias seguían con motivo de ese notable acontecimiento.

A la presentación del rey en el lugar de los sacrificios, con motivo de las fiestas de la coronación, después de las felicitaciones de los sacerdotes, nobles y guerreros, aparecían los *cuauhchime* con los cabellos trenzados y la cara pintada de negro. Igual cosa hacían los sacerdotes ayudantes, pero estos se pintaban todo el cuerpo y las manos, y se teñían los pies de rojo.

Ahuitzotl, para premiar el valor de los jóvenes guerreros que por primera vez tomaban un prisionero, les hacía cortar el cabello, de modo que les quedara solamente en el vértice de la cabeza un mechón del cual debía atárseles el plumero que les sirviera de distintivo.

Los *méxica* no sólo se pintaban con motivo de sus fiestas guerreras, sino que también lo hacían cuando algún acontecimiento les llenaba de regocijo. Así, cuando *Ahuitzotl* introdujo el agua á la ciudad de México, los sacerdotes salieron á recibir á la diosa *Chalchiuhtlicue*, con la cara pintada de negro, y el cuerpo de azul.



CAPITULO VI

Evolución del tatuaje desde el punto de vista de las causas y de la estética.

EN la naturaleza todo prospera, todo sufre modificaciones en el sentido del perfeccionamiento; sus efectos se manifiestan desde la forma más simple hasta los estados más complicados, en los cuales los primeros fenómenos han sufrido transformaciones hasta llegar al último período de su evolución, para volver á aparecer bajo nuevas formas, sin que se haya roto la continuidad ni terminado la fuerza que los inició, los sostiene y los hace progresar.

Ya lo hemos dicho: el deseo de producir en los demás, y aun en sí mismo, una impresión agradable por el aspecto exterior, es una tendencia del hombre, y se acentúa más y más á medida que éste se civiliza. Para conseguirlo, ha recurrido al artificio, desde sus formas más simples hasta los trabajos más complicados y dolorosos, en los cuales las deformaciones y las mutilaciones han desempeñado el principal papel.

Pero no vamos á ocuparnos con la evolución que ha sufrido el gusto del hombre por el adorno, en la cual la historia de la humanidad señala tres fases, á que tendremos que ocurrir al tratar del atavismo del tatuaje. Nuestro punto objetivo es una de estas fases, el tatuaje, y á él nos vamos á concretar.

Lo consideraremos, pues, bajo dos aspectos de su evolución: el de las causas que lo han hecho variar y el de la estética.